

Las momias de Cuenca

"ESTE no es un cementerio como los demás. Te entierran aquí y te diviertes". Creí no haber oído bien, pero la señora Antonia repitió: "Y te diviertes". Estábamos en la ermita de San Isidro Labrador, que se encuentra a un kilómetro aproximadamente del Castillo, en la parte más alta de Cuenca, tomando la carretera que va al pueblo de Buenache, sobre un cerro que domina la hoz del Júcar y la ciudad encastillada. La visión, desde aquí, es soberbia. Sigue siendo bellissimo este paisaje, a pesar del desgaste retórico que ha sufrido en manos de modernos cantores de Cuenca, como Federico Muelas, con frases tales como: "Alocada, la ciudad que dos ríos ciñen, trepa, se empina, pretende para huir del brillante cerco una imposible fuga vertical. Sus casas son como hiedra pegada a la roca. La imagen hace el milagro: la ciudad, alzada de puntillas, al reflejarse en el río queda montada al aire".

Cuando visito Cuenca, me acuerdo siempre de don Federico García Sanchiz, el "gran claritista" de la autarquía, el cual, muy en la línea de la huera retórica conuense, preguntaba a su auditorio, hace ya muchos años, en una de sus charlas: "Pero, ¿existe Cuenca?", para describir la "irreal" atmósfera de la ciudad. La pregunta quedó en el aire, y ha tenido su impacto en nuestra época, porque la verdad es que Cuenca ha sido considerada como "no existente" en los planes de desarrollo y otros proyectos económicos, a pesar de su riqueza maderera, y no se ha dejado a sus gentes mucho más que el óbolo de un turismo de fin de semana. Hoy es Cuenca tierra de emigración. No quedan, me decían, mucho más de cien mil habitantes en toda la provincia.

Pero nosotros habíamos ido a ver las momias. Lo cual no impidió, desde luego, que la noche de nuestra llegada, hiciéramos un pequeño recorrido por la ciudad, no sin antes haber cenado en el mesón Los Clavetes un "morteruelo", la exquisita especialidad de la cocina conuense. Fuimos a la Plaza Mayor, bajamos a las Casas Colgadas que albergan el delicioso Museo de Arte Abstracto, y luego, al puente de San Pablo, la estrecha pasarela de hierro tendida sobre la hoz del Huécar. Mirando la muralla de edificaciones populares, "rascacielos" de siete pisos de altura construidos sobre la roca; mi amigo Javier Cebrián, que me acompañaba, me recordaba el asombro que le produjo a don Pio Baroja ver en una de esas casas a un burro asomado al balcón de un quinto piso. Lo que ocurre es que, por el lado de la calle, donde tiene su entrada, esos "rascacielos" son humildes casas de dos o tres plantas en cuyo portal hay una escalera que sube a los pisos altos y otra que baja a la parte del edificio "colgada" sobre la hoz del río. Subimos por la calle de San Pedro hasta el Trabuco, y luego, de camino a casa, pasamos por delante del palacio episcopal. Había luz en una de las ventanas y, en el silencio de la noche, nos pareció oír el retumbar del pensamiento de Monseñor Guerra Campos.

Nos levantamos pronto a la mañana siguiente. Cebrián había dicho: "La señora Antonia es muy madrugadora. Va muy temprano a la ermita". Fuimos a San Isidro, pero ella no estaba allí, ni había nadie, salvo tres o cuatro perros con aviso de mordedores. Volvimos a la Plaza Mayor y preguntamos a un guardia municipal si sabía el domicilio de la señora Antonia. "En esa casa", dijo, señalando un edificio, cuya fachada da a la Plaza Mayor, pero que, en virtud de los inevitables desnevelos de Cuenca, tiene entrada por la calle de don Severo Catalina. La escalera de la casa de la señora Antonia está primorosamente decorada con macetas de flores y con cuadros que ella pinta o compone con collages de papel. Llamamos en vano a la puerta y bajamos a decirle al guardia "que la señora Antonia no está en casa". Y él dijo: "Como Benito está jubilado, pues a lo mejor cogen el cochecillo y se van a dar una vuelta". Pero una señora que estaba allí hablando con una veci-

na terció en la conversación: "Yo no sé, verdad, pero a mí me parece que la he visto salir hace un ratito de la panadería". Fuimos a preguntar a la panadería Morante y dice la dueña: "Uy, hace nada que ha salido de aquí. No sé cómo no se han cruzado ustedes con ella". Anduvimos preguntando por varias tiendas, aconsejados por el guardia y las vecinas. Finalmente, en la carnicería, una señora nos dijo: "Ahora mismo les he visto yo, a su marido y a ella en el coche. Y creo, eh, creo que iban para la ermita".

Encontramos a la señora Antonia en la explanada que hay delante de San Isidro Labrador, ocupada en machacar con una piedra una barra de pan seco que había traído, según dijo, para las palomas. "Yo tengo un poquito de trabajo",



dijo la señora Antonia. "Pero vayan viendo el jardín y luego les enseño las momias". De pronto hizo un gesto de contrariedad. "Lo siento, pero he olvidado en casa la llave del museo de abajo". El museo de abajo es donde la señora Antonia tiene guardadas sus pinturas. Dijo que había pintado los retratos de todos los pintores de la escuela de Cuenca. "Tengo a Tórner, tengo a Muro, los tengo a todos", dijo. Y añadió: "También tengo a don Fernando". Don Fernando es Fernando Zobel, que es quien más ha animado a la señora Antonia para que siguiera pintando y componiendo cuadros bordados a mano. Así que nos quedamos sin ver el museo de la señora Antonia, aunque nos mostró muchas composiciones suyas, como la titulada "Batalla de Moros y Cristianos", que están colgadas en el interior de la ermita. La señora Antonia es también escritora. En el jardín de la ermita, en el saliente de roca asomado a la hoz del Júcar, ha hecho infinidad de pequeñas y grandes figuras representando cocodrilos, perros, toros, palomas de barro y yeso pintados de colores. Hace también pinturas murales en las oquedades en la roca, que ella llama "ruprestres".

Pero el tema predilecto de la señora Antonia es la Muerte. El jardín está lleno de figuras de calaveras, algunas de las cuales pronuncian frases escritas en tablas, un poco a la manera de "bocadillos" de tebeo, diciendo, por ejemplo: "Si dejas de mirar, así te quedarás" y otras admoniciones escatológicas. La señora Antonia dedica todos sus desvelos, como Camarera que es de la Hermandad de San Isidro Labrador (Vulgo de Arriba), al cuidado de los cementerios que hay junto a la ermita. A cada uno de los lados del edificio, una construcción del siglo XVIII, hay un pequeño, minúsculo, patio con nichos en las paredes. El de la izquierda, según se mira al edificio, es el más antiguo, y está reservado a los canónigos de la Catedral y otros distinguidos eclesiásticos. El de la derecha es sólo para los cofrades de la Hermandad de San Isidro. La señora Antonia se ocupa, sobre todo, de este último cementerio, adornándolo con plantas y flores, limpiando y arreglan-

do las tumbas y haciendo, incluso, si llega el caso, trabajos de albañilería. Por eso dice que "aquí se está muy bien", "es muy agradable", "es un cementerio que no da nada de miedo" y "te entierran aquí y te diviertes". En un lugar visible ha colocado una inscripción que dice: "Presentes vivos y muertos".

El problema que ahora tiene la señora Antonia es que la ermita está sin santero que cuide la iglesia, vigile el lugar durante la noche y haga las funciones del enterrador. La señora Antonia se llevó una alegría cuando mi compañero le dijo: "Este (por mí) quiere escribir algo en el periódico sobre la ermita". "¡Estupendo!", exclamó la mujer. "¿Por qué no anuncia usted de paso la plaza de santero?". "De acuerdo, señora", dije yo. Y ella: "Apunte: cuatrocientas pesetas al mes le damos nosotros, seiscientas el cabildo y cien los señores canónigos. Luego tiene cuatrocientas pesetas por entierro, aparte de alguna propina que cae". Y añadió, haciendo un gesto de extrañeza: "Ya ve usted, tiene todo esto y, además, casa libre y tiempo para trabajar en lo que quiera... Y, yo no sé, no encontramos a nadie que quiera ser santero".

Pero, ya es hora de hablar de las momias. Hace ahora algo menos de cuarenta años se encontró, en una finca de la parte vieja de la ciudad, una mazmorra con momias y esqueletos en posturas violentas. La señora Antonia las conserva en un armario que ella misma mandó construir. No había luz el día que estuvimos allí, pero pudimos verlas con la ayuda de una linterna. Son realmente impresionantes. Están todas ellas, si no recuerdo mal, en número de cinco, en posturas atormentadas, con gestos de horror, como de quien ve la proximidad de la muerte. Una de ellas, según nos explicó la señora Antonia, llevaba en la mano una bula extendida en 1694 a nombre de doña Quiteria López de Ayaia, por lo que la señora Antonia se refiere a ella como "doña Quiteria", personaje principal de la macabra colección. Se han dado muy diversas interpretaciones al hallazgo. Hay quien dice que la mazmorra era un osario, porque junto a las momias se encontraron muchos huesos humanos. Otros creen que, aunque la mazmorra pudo utilizarse como osario en tiempos más recientes, las momias son del siglo XVII, y pueden pertenecer a los miembros de una familia que fueron enterrados vivos en esta mazmorra a causa de alguna venganza. No falta quien cree que fue un castigo de la Inquisición contra un grupo de herejes. La señora Antonia muestra al visitante un álbum de fotografías en que están las momias tal como al parecer se encontraron, componiendo una trágica escena. En un escrito que puede leerse junto a la vitrina donde se exhiben las momias, su autor, don Juan Giménez de Aguilar, más conocido en Cuenca por "don Juanito Aguilar", que es como le llama la señora Antonia, no parece decidirse por ninguna de las hipótesis formuladas.

La señora Antonia cuenta también cómo llegaron las momias a la ermita. "Estas momias estuvieron treinta y tres años en casa de doña Luisa Torralba, que era la propietaria de la finca donde se encontró la mazmorra". Dice que doña Luisa Torralba le dijo a ella un buen día: "Antonia, yo soy ya muy vieja para tener estas momias en casa, así que, a la ermita". "Doña Luisa Torralba las tenía muy bien, medidas en cajas, muy bien", explica la señora Antonia. "Usted no sabe lo que hubo que hacer para el traslado. ¡Uy! Tuvimos que sacar un permiso y todo. La autoridad que me lo dio me dijo: 'mira Antonia, tú te las llevas y, cuando te canses, las metes en un nicho'. Entonces mandé construir esta vitrina para que doña Quiteria y las demás momias estuvieran bien, como Dios manda". Y añade la señora Antonia, dando prueba, una vez más, de su necrológico humanismo: "Esto es muy serio. No es un pupurri. Son seres humanos". ■ LUIS CARÁN-DELL.